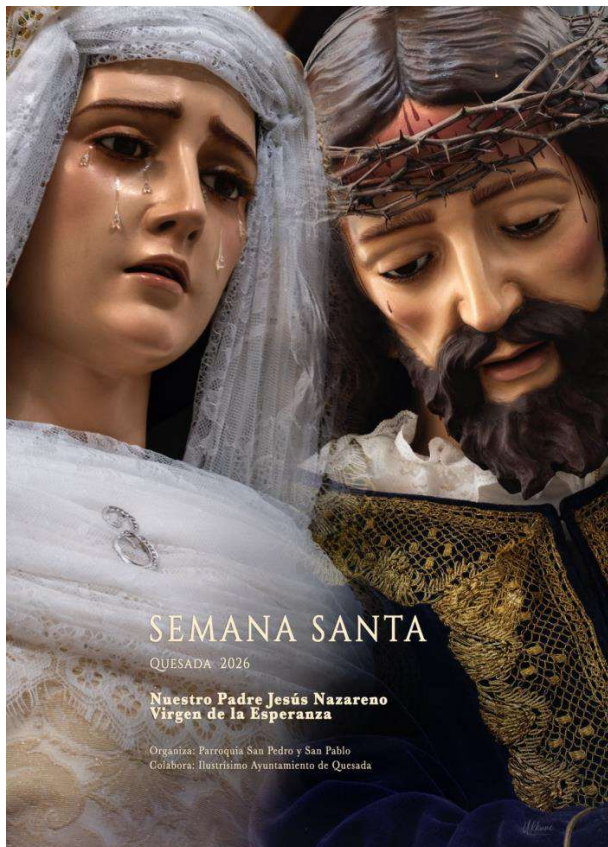


PREGÓN DE LA SEMANA SANTA DE QUESADA.



***Por: Alfonso del Río.
Y
Pepi Pérez.***

07 de Marzo 2026.

PARROQUIA DE SAN PEDRO Y SAN PABLO QUESADA (JAÉN).

En negro lee Alfonso y en Rojo Pepi.

Buenas noches a todos.

Reverendo párroco D. José Manuel, tenientes de alcalde, miembros de la Corporación Municipal, señora Juez de Paz, Cofradía de la Virgen de Tíscar, Hermandad de San Sebastián, Fieles de nuestra comunidad parroquial de San Pedro y San Pablo, queridos hermanos y hermanas, y todos los que hoy nos acompañáis.

Permitidnos, antes de nada, agradecer de corazón a Fran la generosidad y el cariño con los que nos ha presentado. Gracias, en mayúsculas.

Y cómo no, mencionar a los grupos parroquiales de culto, alma viva de nuestra fe y de nuestra tradición, que con su fervor mantienen encendida la llama de la devoción.

La Borriquilla. La Columna. Nuestro Padre Jesús Nazareno y la Virgen de la Esperanza. Veracruz. La Piedad. Santo Entierro. La Soledad. Y Resucitado. Ocho nombres que resuenan con un sentir sagrado.

Parece que fue ayer cuando, al terminar nuestra procesión del paso, el presidente y miembros de la Junta nos dijeron a Pepi y a mí, que habían pensado en nosotros para ser los pregoneros de la Semana Santa. ¿Nosotros? ¡Que nunca lo hemos hecho! ¡Y que no somos oradores!

Recibir el encargo de ser pregoneros de la Semana Santa de 2026 es un honor que acogemos con humildad y profunda gratitud. Nuestras palabras, nacidas de una fe viva y profundamente ligadas a nuestras tradiciones, quieren ser solo eso: un eco del sentir de cada uno de vosotros, un humilde tributo a la pasión, la fe y el amor que Quesada siente por su Semana Santa. Hoy me encuentro aquí ante vosotros, no solo como alguien que ha dedicado años de su vida a la Semana Santa, sino como alguien cuyo corazón late al ritmo de cada tambor y de cada paso que dan nuestras hermandades.

Gracias por acompañarnos esta noche, en este momento tan especial, en el que las palabras que nos salen del alma quieren convertirse en anuncio de que la Semana Santa volverá a salir a nuestras calles.

Esta noche Alfonso y yo estamos aquí con todos vosotros, no porque seamos un matrimonio especial ni ejemplar, sino porque compartimos la misma fe y el mismo sentir. Y porque cuando se nos necesita, cuando alguien nos busca y nos dice “Alfonso y Pepi”, ahí intentamos estar. Como creyentes, vivimos la fe como un regalo de Dios que nos da consuelo y fuerza en los momentos difíciles. Un regalo que no es solo para nosotros, sino para compartir con los demás. Y eso ha sido posible gracias a mis padres, a mi tía, y a un buen sacerdote y profesor que me guiaron en mis primeros pasos en la fe. Por eso, como familia cristiana, nos sentimos orgullosos de haber educado a nuestros hijos Mamen y Alfonso. En esa misma fe, la alegría de que sean miembros de la Iglesia desde pequeños, y de participar en todo lo que se necesita. Y, cómo no, la fe también se la hemos transmitido, y se la seguimos transmitiendo, a nuestros nietos...Gonzalo, María y Alfonso, y a nuestro sobrino Bruno. Y cuando contemplan las imágenes, brillan sus ojos, y se llenan sus pequeños corazones de una emoción difícil de explicar. Y el sonar de los tambores y el clamor de las trompetas los estremece.

Hablar de la Semana Santa es hablar de la historia de nuestra vida. Es hablar de recuerdos que, como ecos de nuestra historia, nos envuelven y nos acompañan año tras año. Es hablar de nuestras tradiciones, de algo que corre por las venas, de todos los que, como nosotros, hemos tenido la suerte de vivirla desde pequeños. Y sé que, al igual que nosotros, muchos de vosotros sentís muy dentro esta tradición tan nuestra y tan querida.

Desde pequeño, fui testigo de lo que representa nuestra Semana Santa. Mi primer recuerdo se remonta a cuando, con apenas unos años, ya me vestía unas veces de penitente y otras de romano. Uno de los recuerdos más entrañables es el de aquellos años en los que jugábamos en la casa de Joaquín Vela, en su cámara, rodeados de tambores y trompetas del grupo de la Veracruz, los Blancos. ¡Qué tiempos aquellos!

Niños con sueños, compartiendo una pasión común: la música que anunciaría la llegada de la Semana Santa. Desde aquel primer contacto con la música, mi vida se tejió con los hilos invisibles de la Semana Santa. Se me abrió la puerta a un mundo que, aunque entonces desconocía, me hizo sentir parte de algo mucho más grande que yo mismo. Como niños, no sabíamos muy bien lo que significaba ser cofrade. Pero sí sabíamos que con cada golpe de tambor y con cada sonido de trompeta estábamos haciendo resonar los ecos de siglos de tradición, de fe y de devoción. Y allí, en esa casa, entre risas y juegos, aquellos tambores y trompetas fueron la primera llamada, la semilla de una pasión que ha crecido fuerte y profunda en mi alma. Y así comenzó a forjarse mi vínculo con la Semana Santa.

Y ese vínculo, con el paso del tiempo, también fue encontrando su sitio en nuestra vida compartida. Yo lo recuerdo especialmente en un Domingo de Resurrección, cuando los tronos se portaban con ruedas y no había gente suficiente para meterse y conducirlos. Entonces Alfonso me dijo: Pepi, métete debajo. ¡Qué miedo... y qué ilusión sentí a la vez! Pero, como muchos sabéis, no todo fue fácil. Durante un tiempo, las procesiones de Semana Santa estuvieron perdidas y ausentes en nuestro pueblo. Las imágenes fueron retiradas y trasladadas a casas particulares. Fue un tiempo duro y difícil para todos. Sin embargo, al igual que el sol siempre vuelve tras la tormenta, nuestra Semana Santa renació. Se formaron distintos grupos alrededor de las imágenes y, paso a paso, volvió a cobrar vida.

Por aquel entonces vivíamos en Beas de Segura, y al terminar de trabajar el Miércoles Santo, cogíamos el coche cargado de comida, trajes de penitentes, capirotos y las famosas garrafas de mistela para aliviar un poco el frío de la madrugada del paso. Llegábamos a la puerta de la iglesia y, sin descargar el coche, entrábamos para ayudar en el arreglo floral de los tronos, que por entonces lo hacían los propios miembros de cada grupo. ¡Qué emoción sentíamos al ver las imágenes ya montadas y vestidas en sus tronos, con una belleza y expresión que no necesitaban palabras, porque hablaban directamente al alma! Aquellos fueron los primeros años en los que todo el pueblo se unía para sacar fondos y hacer posible nuestra Semana Santa.

Se organizaban todo tipo de actividades: Los famosos bares en el santuario de Tíscar, Los mayores preparando y sirviendo comidas, Y los niños peleándose por fregar vasos y platos con agua traída de la fuente del Candilejo, porque en las antiguas cuadras de las caballerizas no había agua. Hoy, donde antes estaban esas cuadras, se encuentra un gran restaurante. Se representaron obras de teatro, como: *Donde las dan las toman*, *Anacleto se divorcia*, *Los Marqueses de Matute*, que tuvieron gran éxito, incluso fuera de nuestro pueblo, en Cabra de Santo Cristo. También se organizó la primera tómbola de las famosas muñecas, y muchas otras iniciativas.

Eran noches de amistad, de risas, de trabajo en equipo, con la certeza de que todo aquel esfuerzo merecería la pena. Y valió la pena. Cuánto trabajo bien hecho: se restauraron mantos, se cosieron túnicas, corbatas y estandartes, todo para engrandecer nuestras estaciones de penitencia. Hoy, gracias al trabajo de todos, nuestras imágenes están restauradas. El hermoso trono de Nuestro Padre Jesús Nazareno luce con orgullo. A todos los tronos se les quitaron las ruedas; ahora van a varal, más robustos y más hermosos. Seguimos caminando juntos, con el estandarte nuevo del Nazareno, bien en alto.

Ha pasado el tiempo y se han formado nuevos grupos hasta llegar a la actualidad, con nuestros ocho grupos parroquiales de culto, que dan vida a las procesiones de Pasión, Muerte y Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo. Cada uno de estos grupos forma el alma colectiva de nuestra Semana Santa, cada uno con su historia, su mensaje, pero todos unidos por un mismo sentir y un mismo fin: dar testimonio de la fe en Cristo y mantener viva una tradición que, como un susurro, nos llega a través de los siglos.

Iniciamos la Semana de Pasión con el Domingo de Ramos. Jesús entra triunfante en Jerusalén, montado en un pollino, entre palmas y olivos, siendo aclamado como Rey y Salvador. Este momento nos invita a abrir nuestro interior, a dejarlo entrar en nuestra vida, reconociendo la fragilidad del corazón humano, y preguntándonos si somos verdaderamente fieles a Jesús tanto en los momentos de dificultad como en los de alegría.

Procesiona el paso de *La Borriquilla*, distinto a los demás; camina a costal desde dentro, como la verdadera fe, la que no se exhibe, la que duele el cuello pero alegra el alma.

En cada levánta se elevan nuestra fe y nuestras plegarias a Jesús.

El Martes Santo es día de reflexión, de mirar nuestro corazón, reconocer nuestros fallos, preparándonos para vivir con mayor profundidad el Santo Triduo Pascual.

Para mí, uno de los mejores momentos: es acompañar a los niños a conocer y seguir a Jesús en la Semana Santa Chica, de cuyo nacimiento y crecimiento he sido y sigo siendo testigo. Preparada siempre con enorme ilusión. Si orgulloso me siento de ser capataz del Nazareno, no podéis imaginar la emoción de haber dado forma a la Semana Santa infantil, creando esos once tronillos y montando sus imágenes. Organizar a más de cien niños, por cursos y edades, desde los tres añitos hasta sexto de primaria, y cuando llega el día de su procesión, todos los niños y niñas vestidos con pantalón oscuro, camisa blanca y guantes, todos nerviosos a sacar sus imágenes. Y gracias a la banda de tambores y trompetas de la Pasión, que desinteresadamente los acompaña. Tenéis que reconocer conmigo, que esta es la cantera de nuestra Semana Santa. Llevando esos once pasos con una devoción que conmueve el corazón. Son los que seguirán transmitiendo esta tradición, con el mismo amor que nosotros lo hemos hecho.

Miércoles Santo: recordamos la traición de Judas a Jesús, que lo entrega por treinta monedas de plata. ¿Cuántas veces vendemos nosotros a Jesús por egoísmo, orgullo y comodidad? Pero Él nunca deja de amarnos, incluso cuando fallamos. Hace unos años le propusimos a nuestro párroco vestir al Nazareno de Cautivo. Y todavía hoy se me encoge el corazón al recordar aquel momento en el que lo subimos al trono: sin cruz, sin corona de espinas, vestido de blanco, con sus escapularios de cautivo, Y una luz tan limpia en el rostro que no necesitaba palabras. Desde entonces, lo seguimos procesionando. Nuestro Cautivo camina en silencio, sereno, sabiendo lo que está por llegar. Porque en ese caminar lento y callado, Jesús ya se está entregando por nosotros. Y entonces, cuando llega el prendimiento: Con el beso de Judas sin apartar la mirada, Los romanos le atan las manos, Y el tiempo parece detenerse. Presenciamos una escena tan sencilla, que habla sin palabras.

Jueves Santo: celebramos la Última Cena; La institución de la Eucaristía, El sacerdocio, Y el amor fraterno. Con esto comienza el camino del Señor hacia su Pasión. Con el lavatorio de los pies, el amor se hace servicio; mesa compartida de pan y vino benditos. Jesús queda entre nosotros para siempre en el Sagrario. Al término de los oficios, sale la bella y hermosa imagen de Nuestro Señor de la Columna, evocando su sufrimiento antes de la Cruz. Y más tarde, en el silencio de la noche, compartimos con Jesús la Hora Santa en oración. El Viernes Santo recordamos el amor llevado hasta el extremo: La Pasión, La Crucifixión, La Muerte de Jesucristo en el Calvario, Y Su sepultura. En la madrugada, sale nuestra estación de penitencia con sus cuatro imágenes. Solemne y majestuoso, Nuestro Padre Jesús Nazareno, con la cruz a cuestas, abandonado, pero con su mirada de pasión que ilumina la noche más oscura. La Virgen de la Esperanza, con su belleza serena, sus lágrimas de cristal y su expresión que combina dolor y esperanza. San Juan, el más joven y fiel discípulo, simboliza la fidelidad, la fe y la esperanza, de quien permanece junto a Jesús incluso en los momentos más difíciles. Y nos indica siempre el camino para acercarnos a Él. La Verónica, mujer valiente y sin temor, lleva un paño entre sus manos y limpia el rostro de Jesús, mostrándolo después, para que recordemos su sufrimiento.

**Por las calles de Quesada va el Nazareno,
paso lento, rostro cansado,
Nuestro Padre Jesús Nazareno
lleva la cruz cargada del mundo entero.**

**No grita el dolor que siente,
lo calla con humildad,
y en su mirada presente
nos regala luz y paz.**

**A su lado camina la Esperanza,
Virgen de pena y consuelo,
Madre que nunca se cansa
de guiarnos hacia el cielo.**

**Ella enseña a creer sin ver,
a confiar en la promesa,
porque aun en la noche más negra
Dios siempre nos quita la pena.**

**La Verónica se acerca en silencio,
con un paño limpio y sincero,
y en un gesto pequeño y tierno
alivia el rostro del Nazareno.**

**No hacen falta grandes palabras
cuando el amor se hace acción,
un acto simple basta
para sanar un corazón.**

**San Juan, fiel discípulo amado,
no huye ni mira atrás,
permanece firme a su lado
cuando la cruz pesa más.**

**Es ejemplo de quien acompaña,
de quien no teme sufrir,
de quien entiende que amar
es quedarse hasta el fin.**

**Hoy esta hermandad proclama,
con fe, silencio y oración,
que Quesada camina unida
tras Jesús y la Esperanza en procesión.**

Recuerdo con cariño aquellos días cuando me puse bajo el peso del trono del Nazareno. Un trono que lleva en su imagen no solo la devoción, sino también la historia de todos los hombres y mujeres que, generación tras generación, hemos estado a su servicio. Como costalero, sentí lo que era el verdadero peso de la fe, un peso que no se siente en los hombros sino en el alma. Como anécdota: quiero contaros una historia que nunca olvidaré. En una de nuestras procesiones, mientras sacábamos el trono del Nazareno, un varal se rompió. Recuerdo perfectamente el momento. Estaba con mi hijo muy pequeño debajo del trono y por un instante sentí que el peso no era solo físico, sino un verdadero desafío. El Nazareno parecía mirarnos con comprensión, y se hizo el milagro

sagrado, a pesar del percance, ninguno de nosotros sufrió daño alguno. Sin pensarlo, nos dirigimos rápidamente al cortijo de Santa Cruz, donde guardábamos los tronos. Mientras tanto, San Juan indicando el camino a la Verónica y a la Virgen, comenzaban su procesión para el Encuentro. Conseguimos un nuevo varal, y estar de vuelta alcanzando las otras imágenes para hacer nuestro encuentro del paso. ¡La fe que no se rinde hermanos, es la que nos hace fuertes! No somos solo los que llevamos un trono, somos una comunidad que, a pesar de los obstáculos, siempre avanza, siempre sigue adelante. Y es que, al igual que la historia de este paso, la historia de nuestra Semana Santa ha estado llena de sacrificio y de esfuerzo colectivo.

El tiempo, con su sabia cadencia, me ha brindado la responsabilidad y el privilegio de guiar los pasos, de aquellos que hoy portan con devoción a Nuestro Padre Jesús Nazareno. Ser capataz de su trono es un regalo inmenso: una oportunidad de sentir cerca su presencia y velar para que su caminar por nuestras calles sea un testimonio vivo de nuestra fe. Qué orgullo sentir el balanceo con el que parece que Él va andando, y al son de la campana, ¡al cielo con Él! Sentir sobre los hombros ese peso dulce y sagrado con alegría y devoción. En este tiempo de espera, mi corazón ya comienza a palpar al ritmo de los tambores roncós y las marchas solemnes. Ya siento el aroma a incienso. Los que me conocéis, no es que me guste mucho el humo y el olor del incienso, bueno un poquito sí.

Qué afortunada he sido y soy al poder vestir a nuestro Nazareno, mirarle a la cara y cogerle las manos. Hace brotar en mí los sentimientos más puros. Y orgullosa también me siento de haber sido capataz en los primeros años, del trono de la Verónica, junto a un grupo de jóvenes niñas llenas de ilusión y esfuerzo. Muchas de ellas siguen siendo hoy miembros activos de nuestra iglesia.

A mediodía del Viernes Santo procesiona la Veracruz, que nos refleja el amor entregado hasta la Cruz, símbolo de sacrificio, redención y esperanza. Momento de contemplar el dolor en el silencio de la Cruz, acompañado de su madre, la Virgen de los Dolores, madre del dolor, madre del amor infinito, una madre fiel y fuerte, fuente de consuelo ante el sufrimiento.

Al término de los oficios del Viernes Santo salen en procesión la Piedad y el Santo Entierro.

La Piedad, bella imagen de la madre que sostiene el cuerpo de su hijo muerto, es símbolo del amor y del dolor de una madre, del silencio, la compasión y la esperanza ante el sacrificio de su Hijo.

El Santo Entierro duerme y descansa en paz, representa el luto oficial, el silencio y el descanso de Jesucristo en el sepulcro, invitándonos al recogimiento y a la espera de la Resurrección. Fui costalera del Santo Entierro, y desde hace un tiempo venimos mi gran amiga Mari Carmen y yo desempeñando el cargo de vicepresidentas de este grupo parroquial de culto. Qué gran honor poder estar ahí. Quién me iba a decir que cuando portaba el trono desempeñaría este cargo. Para mí tiene especial importancia, porque es un trono solemne que solo portamos las mujeres, vestidas de negro junto a nuestro capataz. Mujeres valientes de todas las edades que no solo llevamos una imagen, sino que transmitimos valores y creamos un entorno de seguridad y armonía. Esa magia se transmite en nuestra forma de procesionar, convirtiéndonos en un grupo con verdadera vocación de servicio.

Sábado de Gloria, celebramos lo más importante: la Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo, para que nuestro corazón se llene de gozo y también resucite con Él. Por la tarde, procesiona la Soledad, en total silencio. Madre vestida de negro, que representa el dolor silencioso y la soledad de María tras la muerte de su Hijo; símbolo de recogimiento, fortaleza y esperanza en la Resurrección. El momento cumbre llega con la Vigilia Pascual, celebración central de nuestra fe cristiana, donde la oscuridad se rompe con la luz y la vida vence definitivamente a la muerte. Y de esa noche santa nace la procesión del Resucitado, portada por un grupo de mujeres

que, con su baile, derraman alegría y anuncian la luz nueva de la Resurrección.

Llegado el Domingo de Resurrección, y fieles a la tradición, subimos a la ermita de nuestro patrón, San Sebastián, para celebrar la resurrección, la Vida y la alegría Pascual, compartiendo el famoso hornazo en un día de convivencia y esperanza.

La Semana Santa de Quesada no es solo un momento en el tiempo, no es solo una fecha marcada en el calendario. No se trata solo de procesiones, ni de pasos, ni de música. Se trata de vivir la Pasión de Cristo en nuestras vidas, de ser testigos de su Resurrección en cada uno de nuestros actos. Es el incienso que se eleva al cielo, el perfume que llena nuestra iglesia y nuestras calles, que nos conecta con lo divino. Y cuando se apaga el bullicio en la iglesia, y terminan las procesiones, nuestras imágenes vuelven a su lugar de siempre. Allí quedan, en silencio, esperando nuestras plegarias: para dar gracias o para pedir alivio por tantos sufrimientos que encontramos en la vida. Y ellas, con su presencia piadosa, siempre nos ofrecen consuelo... hasta la próxima Semana Santa.

Como coordinador de los grupos parroquiales, tengo la suerte y la responsabilidad de velar por el buen desarrollo de todas las celebraciones y actos que conforman nuestra Semana Santa. Cada uno de los miembros de estos grupos, cada hermano, cada músico, cada costalero, que trabajan en silencio, cargan, organizan y esperan, son eslabones de una cadena de fe y tradición, que se remonta a los tiempos de nuestros abuelos, bisabuelos y más allá. Es un honor trabajar codo con codo con todos, recordando siempre que la verdadera esencia de la Semana Santa no está en los pasos que llevamos, sino en el amor que entregamos con cada gesto. Como dije al principio, los grupos parroquiales de culto son el corazón que, con su fervor, mantienen encendida la llama de la devoción y la fe de nuestro pueblo.

También quiero expresar mi más sincero agradecimiento a todas aquellas personas que han estado desde el principio, a quienes, de forma callada y generosa, han participado con su trabajo y su tiempo. No mencionamos nombres, no por olvido, sino por temor a dejarnos alguno sin nombrar, porque todos y cada uno han sido y son importantes en este camino compartido.

Y permitidnos una mención muy especial, llena de respeto y de emoción, para quienes ya no están entre nosotros. Hermanos y hermanas que tanto trabajaron por el esplendor y el embellecimiento de nuestras imágenes y de nuestras procesiones, y que hoy siguen presentes en nuestra memoria y en nuestro corazón. Que descansen en la gloria de Nuestro Señor Jesucristo, y que gocen eternamente de su presencia en el cielo.

Mi vínculo con la Semana Santa de Quesada no solo está marcado por mi labor como cofrade, sino también por el compromiso con la comunidad. Como ministro de la Sagrada Comunión, tengo la bendición de llevar la comunión a los enfermos y mayores, de estar cerca de aquellos que no pueden asistir a las celebraciones, pero que viven la Semana Santa con la misma devoción y la misma intensidad que todos nosotros. Porque en la fe no hay límites, y en cada hogar al que llego, el Señor está presente. Allí también se celebra y se vive la Pasión y la Esperanza.

Gracias a todos los que esta noche nos acompañáis, porque sin vosotros este gran honor de ser pregoneros no habría sido posible. Nuestro agradecimiento al Grupo Parroquial de Nuestro Padre Jesús Nazareno y la Virgen de la Esperanza por brindarnos esta oportunidad.

**Que Nuestro Padre Jesús Nazareno nos guíe.
Que la Virgen de la Esperanza nos sostenga.
Que todas nuestras imágenes nos acompañen siempre en
nuestro caminar. Y que, sintiendo el silencio del Santo Entierro,
nos preparemos para alegrarnos con su gloriosa Resurrección.**

¡Viva Nuestro Padre Jesús Nazareno!

¡Viva la Virgen de la Esperanza!

¡Y viva, por siempre, la Semana Santa de Quesada!